

Como se ve, todo eso era bastante mezquino y poco honroso.

Vamos, pues, á pasar á César.

No pensamos hacer la historia de su campaña de las Galias, pues él mismo la ha hecho, y probablemente nada hallaríamos mejor en ningun lado, cierto ó incierto, que lo que él mismo cuenta.

En la época en que volvemos á encontrarlo no es ya ningun jóven; tiene cuarenta y ocho años.

En los nueve que acaban de frascurrir, durante los cuales no ha vuelto á ver á Roma, ha hecho mil lagros.

Ha tomado por asalto ochocientas ciudades, sometido trescientas naciones y combatido tres millones de hombres, matando un millon, hiriendo otro y haciendo huir el resto.

XXII

Todo eso con cincuenta mil hombres.

¡Pero qué hombres!

Ha formado su ejército amasándolo con su propia mano; conoce á cada individuo por su nombre y sabe lo que vale y lo que puede dar de sí en el ataque como en la defensa.

Aquel ejército son los anillos de una serpiente, cuya cabeza es él, con la ventaja de que la hace mover toda entera ó por trozos.

Para aquel ejército es todo á la vez, general, padre, señor y compañero.

Solo castiga dos cosas: la traicion y la rebelion; al miedo no le impone pena: los mas valientes tienen horas de debilidad.

Tal legion ha retrocedido ó huido, otro dia se mostrará llena de arrojo.

Despues de la victoria se lo permite todo á sus soldados: armas, plata, oro, descanso, lujo, placer.

—Los soldados de César pueden vencer hasta perfumados, dice.

Y llega hasta dar á cada uno un esclavo escogido entre los prisioneros.

Una vez en marcha, nadie sabrá la hora de la llegada ni la del combate, y hasta frecuentemente la ignorará él mismo, no aconsejándose sino de las circunstancias. Cada acontecimiento, por grave ó insignificante que sea, le ofrece una inspiracion. Sin mo-

tivo de detenerse, se detiene; sin motivo de partir, pártete.

Es preciso que sus soldados sepan que todas las causas y todas las razones están en él, y que de aquellas causas y aquellas razones no tiene que dar cuenta á nadie.

Con mas frecuencia aún pártete solo, desaparece, indicando al ejército el camino que debe seguir.

¿Dónde está? Nadie lo sabe. Si sus soldados quieren hallarlo, ya lo buscarán.

Así aquellos hombres, que con otro cualquiera serian seres ordinarios, son héroes á su lado.

Lo quieren, porque saben que son queridos de él. No los llama *soldados*, ni *ciudadanos*; les llama *CAMARADAS*.

Ademas, aquel hombre débil, afeminado, epiléptico, ¿no comparte todos sus peligros? ¿no se halla en todas partes á la vez? ¿no anda cien millas al dia, á caballo, en carro y hasta á pié? ¿no atraviesa los rios á nado? ¿no camina en medio de las filas con la cabeza desnuda al sol y á la lluvia? ¿no duerme como el último de sus soldados al aire libre, sobre el duro suelo ó tendido en un carro? ¿no tiene siempre á su lado, lo mismo de noche que de dia, un secretario pronto á escribir lo que le dicte, y un soldado que le lleva su espada?

¿Cuando salió de Roma, no lo hizo con tal dili-

gencia que al cabo de una semana se hallaba en las orillas del Ródano? No sucedió que los correos despachados con tres dias de anticipacion para anunciar su ida, llegaron cuatro dias despues que él? Habia entre todos sus soldados un ginete que le igualase? Necesitaba acaso de las manos para guiar su caballo,—aquel animal fantástico educado por él y que tenia el casco hendido en cinco partes como el pié de un hombre?—No; las rodillas le bastaban y lo dirigia como queria, con los brazos cruzados ó las manos detras de la espalda.

Una de sus legiones es esterminada; la llora y se deja crecer la barba hasta vengarla.

Si algunos capitanes, jóvenes y nobles, que solo han ido á las Galias para enriquecerse, temen una nueva guerra, los reune y les dice:

—No os necesito; mi décima legion me basta. [La décima legion de César es su vieja guardia.] Con ella tengo suficiente para atacar á los bárbaros. No son enemigos mas terribles que los cimbrios y creo que yo valgo tanto como Mario.

Y la décima legion le envía sus oficiales para expresar su reconocimiento y las demas legiones rechazan á sus capitanes.

Hay mas; ha formado una legion décima-tercia. Entre los galos vencidos ha escogido diez mil hombres;—ya hemos visto mil ó mil doscientos pelear á

las órdenes de Craso;—esos constituyen su tropa ligera, sus tiradores de Vincennes, siempre alegres, nunca fatigados; es la legion de la Alondra, que va cantando como el pájaro cuyo nombre lleva, y que, como él, parece tener alas.

Ahora, si se pasa del valor y la adhesion de todos al valor y la adhesion individuales, se verán rasgos como en los hermosos tiempos de las repúblicas griega y latina, de los Cinegiro y de los Escévola.

En un combate naval cerca de Marsella, un soldado llamado Asilio se lanza sobre un buque enemigo; pero al poner el pié en él pierde la mano derecha de una cuchillada. Entonces con la izquierda, armada del escudo, hiere con tal fuerza á los enemigos en la cara, que hace retroceder á cuantos encuentra por delante y se apodera del buque.

En la Gran Bretaña, en la isla sagrada, la isla de los drüidas, que César ha resuelto conquistar, y á la cual aborda en medio de los flujos y reflujos que confunden la ciencia romana, los gefes de una cohorte se han empeñado en un sitio pantanoso, donde son vivamente atacados por el enemigo. Un soldado se lanza en medio de los bárbaros, hace prodigios de valor, obliga á los contrarios á emprender la fuga, los persigue y salva á los oficiales. Al fin pasa el pantano el último, atraviesa aquella agua fangosa, medio á nado, medio caminando, cae en un hoyo del

cual solo logra salir dejando en él su escudo, y como César, maravillado de tal valor, le salga al encuentro con los brazos abiertos, él, con la cabeza inclinada y los ojos llenos de lágrimas, cae á sus piés pidiéndole perdon por no haber sabido conservar su arma defensiva.

Uno de esos hombres es Casio Esceva, que mas tarde en Dirraquium, reventado un ojo per una flecha, con un hombro y un muslo atravesados por dos javalinas, y habiendo recibido ciento treinta golpes en el escudo, llamará á los enemigos como si quisiera rendirse, y de los dos que se le acercarán derribará á uno con un hombro cercenado de un tajo, herirá al otro en la cara y al fin, socorrido á tiempo por sus compañeros, tendrá la suerte de salvarse.

Otro de ellos es Granio Petronio, que, mas tarde, en Africa, mandando un buque de que se ha apoderado Escipion, dice á este, que hace degollar á toda la tripulacion y quiere perdonarle á él solo porque es euestor: “Los soldados de César están acostumbrados á conceder la vida á los demas, no á recibirla,” y se corta el pescuezo.

Con tales hombres no duda, pues, de nada.

Sabe que los belgas, los mas poderosos de los galos, se han sublevado y puesto en pié de guerra mas de cien mil combatientes. Corre á su encuentro con las fuerzas que pueden seguirle, veinte ó veinticinco

mil españoles, romanos, galos y germanos;—en su ejército todos son iguales;—cae sobre ellos en el momento en que devastan las tierras de los aliados de Roma; los bate, los derrota y mata tan gran número, que los soldados que persiguen á los fugitivos pasan los estanques y los rios sin necesidad de puentes, sobre los cadáveres de sus contrarios.

Los nervianos en número de sesenta mil sorprenden á César, cayendo sobre él en el momento en que se atrinchera sin temor alguno de combate. Su caballería es rota al primer choque y los bárbaros envuelven las legiones duodécima y sétima, matando á todos los oficiales.

César arrebató el escudo á un soldado, se abre paso á través de los que combaten delante de él, se lanza en medio de los nervianos y al momento se ve rodeado por todos lados.

La décima legion es quien lo salva; viendo desde lo alto de una colina el peligro que corre su general, se precipita desde allí como una avalancha, derriba cuanto encuentra á su paso, libra á César, y no contenta con eso, da tiempo á que todo el ejército pueda atacar á su vez.

Entonces el combate se hace general.

Treinta mil romanos pelean contra sesenta mil enemigos. Todos hacen prodigios de valor; pero los nervianos no retroceden un paso, y cada soldado de Cé-

sar tiene que matar dos contrarios, quedando los sesenta mil nervianos tendidos en el campo de batalla. De cuatrocientos senadores murieron trescientos noventa y siete. No se salvaron, pues, mas que tres.

Los restos de la nación se habian encerrado con su rey en Alesia, ciudad del Auxois, situada en lo alto de una montaña. La ciudad pasa por intomable: sus murallas tienen treinta codos de alto.

No le hace; César va á sitiarla.

El rey despidió todos sus ginetes, encargándoles esparcirse por las Galias, decir que solo tienen víveres para treinta dias y traerle todos los hombres capaces de llevar las armas.

Los ginetes vuelven con trescientos mil hombres: César, con sesenta mil soldados, se ve cogido entre los enemigos sitiados y los trescientos mil que lo sitian á su vez.

Pero él lo ha previsto todo y se ha fortificado contra los enemigos de la ciudad y contra los de la llanura.

Ha rodeado su campo de obras prodigiosas: tres fosos de veinte piés de ancho por quince de profundidad, una muralla de doce piés de alto y ocho hileras de estacadas, cada una con su foso tambien; todo eso prolongado en un círculo de dos leguas y hecho en menos de cinco semanas.

Era el último esfuerzo de las Galias y allí fué á estrellarse.

Un dia salió César del campamento, dejando en él la fuerza necesaria para contener á los sitiados, y cayó con los demás sobre los trescientos mil hombres que lo rodeaban.

“Todo aquel formidable poder, dice Plutarco, se dispersó bajo la espada de los romanos, desvaneciéndose como un fantasma ó como un sueño.”

Los soldados que guardaban el campamento, supieron la victoria por los gritos y las lamentaciones de las mujeres de Alesia, que desde lo alto de las murallas veian al ejército romano volver con escudos adornados de oro y plata; corazas manchadas de sangre y los utensilios y las tiendas de los galos.

Al fin, muriéndose de hambre, los sitiados tienen que rendirse despues de haber propuesto matar las mujeres y los niños y comérselos.

César esperó á los diputados en el tribunal.

Vercingetorix, que habia sido el alma de aquella guerra, se pone entonces sus armas mas hermosas, sale de la ciudad en un caballo ricamente encapazonado, lo hace caracolear al rededor de César, se apea de él, arroja su espada, sus javalinas, su casco y sus flechas á los piés del vencedor, y sin pronunciar una palabra va á sentarse en los escaños del tribunal.

—¡Para mi triunfo! dice César, señalándolo con el dedo á sus soldados.

Así, pues, no solo César ha hecho mucho, sino que ha hecho mas que nadie antes que él; mas que los Fabios, los Metelos y los Escipiones; mas que Mario y Lúculo y aun el mismo Pompeyo. Ha sobrepujado al uno por los lugares en que ha hecho la guerra; al otro por la estension de los paises que ha subyugado; á este por el número y la fuerza de los enemigos que ha vencido; á aquel por la perfidia y la ferocidad de las naciones que ha sojuzgado. En fin, ha superado á todos en el número de los combates que ha dado y en la espantosa multitud de enemigos que ha hecho perecer.

¿Qué sucedia en Roma á consecuencia de eso?

Roma estaba de tal modo asustada con sus victorias, que el senado proponia darle un sucesor así que estuviesen pacificadas las Galias, y Caton anunciaba en voz alta y con juramento, que lo citaria en justicia en cuanto hubiese licenciado su ejército.

La dificultad estaba en hacérselos licenciar.

XXIII

Digamos ahora el estado en que se hallaban en Roma los diferentes personajes cuya vida hemos seguido en todos sus detalles, y los cuales van á tomar una parte activa en la guerra civil.

Veamos primero lo que hacia Ciceron en el momento en que empezaban á indisponerse César y Pompeyo.

El gran orador habia heredado el puesto que el jóven Publio Craso habia dejado vacante en el consejo de los Augures; despues, habiéndole tocado en el reparto de las regiones la Cilicia, con un ejército de doce mil infantes y mil doscientos ginetes, se habia embarcado para su provincia, como se decia entonces.

Su misión era someter la Capadocia al rey Ariobárzano, y la desempeñó sin recurrir á las armas, po-

niendo en práctica su famoso axioma de *cedant arma togæ*.

Sin embargo, no era cosa fácil, pues los reveses sufridos por los romanos en su expedicion contra los partos, impelian á los cilicianos á la revuelta y aquellos podian ser vencidos.

Mas lo que admiró á todo el mundo, lo que los historiadores refieren llenos de estupefaccion, es que Ciceron no quiso recibir regalo alguno de los reyes y dispensó á la provincia los festines que era costumbre dar á los gobernadores.

Cada dia convidaba á su mesa á los cilicianos mas distinguidos, y pagaba sus comidas oficiales con el sueldo que le pasaba la República.

Su casa no tenia portero; el que queria iba á verlo y era introducido aun sin decir su nombre.

Nadie lo halló jamas acostado, por mas temprano que empezasen las visitas, pues se levantaba con el alba.

Durante todo el tiempo de su proconsulado, no hizo azotar á un solo hombre; jamas en un momento de cólera desgarró el traje del que se la inspiraba; jamas dirigió injurias á nadie; jamas añadió ultrajes á las multas que impuso.

Mas aún; habiendo notado que los fondos públicos habian sido distraidos por concusionarios, los llamó á su presencia y les hizo devolver cuanto se habian

apropiado, sin siquiera decir los nombres de los que restituían cantidades mas considerables, no queriendo denunciar al odio de sus conciudadanos unos hombres que quizá no se creían tan culpables como lo eran en efecto, haciendo lo que hacia todo el mundo:

Algunos ladrones habían establecido su domicilio en el monte Amano, plagiando, robando y matando á los viajeros. Les hizo una guerra encarnizada, los dispersó y fué proclamado imperátor por sus soldados.

¿No es verdad, queridos lectores, que ignorábais que Ciceron hubiese sido proclamado general? Sin embargo, es un hecho que refiere Plutarco.

Y Ciceron, como verdadero hombre de talento, comprendiendo que su título de orador haría sombra al de imperátor, no abusó de su corona de laurel.

No obstante eso, de cuando en cuando muestra su vanidad.

“Querido cofrade, le escribe el orador Coelio, mandadme panteras para mis juegos.”

“Imposible, le contesta Ciceron, ya no hay panteras en Cilicia; todas se han refugiado en Caria, irritadas de ser las únicas á quienes se haga todavía la guerra en medio de la paz general.”

De allí á poco, dejando su gobierno, en el cual *la paz general* lo reducía á la ociosidad, pasó por Rodas, donde permaneció algun tiempo en medio de

sus antiguos amigos y conocidos, y al fin llegó á Roma que encontró agitada y calenturienta como toda ciudad en víspera de guerra civil.

A su arribo el Senado quiso concederle el triunfo; pero Ciceron, como se recordará, cuidaba de llevarse bien con todo el mundo.

Así, pues, contestó que tendría mucho mas placer en seguir el carro triunfal de César, tan pronto como este se hubiese reconciliado con Pompeyo, que en triunfar él mismo.

Pompeyo por su parte miraba crecer á su rival, pero sin parecer inquietarse por las proporciones que alcanzaba.

Solo veía en él el tribuno faccioso de Roma, el cómplice de Catilina, el instigador de Clodio; no veía á César.

Revestido del poder supremo, se hacia echar en cara crecido número de abusos, como sucede á casi todos los hombres en igual posición.

Habia hecho leyes contra los que compraban los sufragios ó captaban á los jueces.

Aquellas leyes eran buenas é imponían á los culpables castigos merecidos.

Pero fué acusado su suegro Eseipion, y Pompeyo hizo ir á su casa á los trescientos sesenta jueces, y les suplicó que le fuesen favorables.—Visto lo cual por el acusador, desistió de la acusacion.

Por otra ley habia prohibido elogiar á los acusados durante el proceso.

Pero fué acusado su amigo Planco y él mismo se presentó á elogiarlo.

Caton era uno de los jueces y se tapó los oidos con ambas manos.

La corrupcion general no llegaba hasta él.

—¿Qué haces? le preguntaron sus colegas.

—No me conviene oír elogiar al acusado contra la disposicion de las leyes, contestó Caton, y menos aún siendo elogiado por el mismo que las ha hecho.

Aquello fué causa de que Planco recusase á Caton, sin embargo de lo cual fué condenado.

Dicha condena puso á Pompeyo de tan mal humor, que algunos dias despues, habiéndolo esperado Hipseo, personaje consular acusado tambien, en el momento en que salia del baño para ir á comer, y habiéndosele echado á los piés:

—Dejadme en paz, le contestó Pompeyo con tono brusco, pues todo lo que conseguireis con vuestras súplicas será que se me enfria la sopa.

En medio de tales sucesos, habiendo hecho un viaje á Nápoles, cayó gravemente enfermo; se curó, sin embargo, y por indicacion del griego Praxágoras, los napolitanos hicieron sacrificios á los dioses en accion de gracias.

Aquel ejemplo fué seguido por las ciudades inme-

diatas á Nápoles, y el contagio se comunicó de tal modo á toda la Italia, que no hubo poblacion, grande ó pequeña, que no celebrase fiestas iguales de convalecencia durante varios dias.

Despues, al regresar á Roma, los habitantes de los pueblos todos le seguian formando séquito, saliéndole al encuentro diputados coronados de flores; donde quiera le ofrecian banquetes públicos y al entrar en las poblaciones no caminaba sino sobre montones de laureles.

De ahí resultó que al llegar á Roma, embriagado con aquella marcha triunfal, se volvió con desprecio hácia el lado de la tempestad que se amontonaba en Occidente.

Menos aún dudó del porvenir cuando vió prorogado su gobierno por cuatro años, autorizándole el Senado á tomar en el tesoro público mil talentos anuales para pagar y sostener las tropas.

Pero tambien César por su parte creyó que le habia llegado igualmente la buena hora, y que puesto que se hacia todo aquello por Pompeyo no habria modo de negárselo á él.

Sus amigos, pues, presentaron su solicitud.

Pidieron que en recompensa de sus campañas y de la estension que habia dado á la República, cuyos límites habia llevado por el Oeste hasta el gran mar exterior y por el Norte hasta la Gran Bretaña y el Rin, se le confiriese otro consulado y se le pro-

rogase su gobierno, á fin de que no le arrebatase un sucesor la gloria y el fruto de tantos trabajos, y que mandando solo en los países que habia sometido disfrutase en paz de los honores á que sus hazañas le hacian acreedor.

Aquella solicitud produjo una gran discusion.

Pompeyo pareció admirado en particular de la segunda parte.

—Tengo, dijo, cartas de mi querido César, suplicándome se le dé un sucesor, á fin de verse libre de las fatigas de la guerra.

Por lo que hace al consulado, añadió, me parece justo que se le permita solicitarlo á pesar de estar ausente.

Pero allí estaba Caton, el gran opositor, el gran nivelador, el gran envidioso, digámoslo de una vez.

Se opuso con toda su fuerza á la proposicion, exigiendo que César, reducido al estado de simple particular, fuese á solicitar personalmente de sus conciudadanos la recompensa de sus servicios.

Pompeyo no replicó una palabra; ¿para qué?

Caton decia á César:

—“Ven á entregarte desarmado á Pompeyo, esto es, á tu mas mortal enemigo.”

Consecuencia de aquello fué que siguiendo el parecer de Caton, apoyado por el silencio de Pompe-

yo, el Senado negó á César la próroga de su gobierno.

Uno de sus oficiales estaba á la puerta del Senado y oyó aquella negativa.

—Bueno! dijo pegando en la empuñadura de su espada, ésta se la concederá.

XXIV

César, entretanto, tomaba sus precauciones.

“Cual un atleta, dice Plutarco, se frotaba con aceite para el combate.”

Su modo de frotarse con aceite era frotar á los demas con oro.

Habia hecho llegar á Roma cantidades inmensas:

Habia dado dinero y licencias temporales á mas de veinte mil soldados.

En fin, habia mandado á Pompeyo dos legiones que aquel le habia pedido, so pretesto de la guerra pártica y habia dado á cada soldado ciento cincuenta draemas.

Despues habia atraido á su partido al tribuno del pueblo Curion, cuyas enormes deudas habia pagado, (unos tres millones de pesos de nuestra moneda) y

á Marco Antonio, fiador de Curion, que de aquel modo se veía libre de aquella responsabilidad.

Sin embargo, aquello no le bastaba á César é hizo preguntar á Marco Antonio si acaso no tendria necesidad de sus servicios.

Marco Antonio le contestó que estaba algo atraído y que aceptaria de buena gana un pequeño préstamo.

César le mandó un millon y seiscientos mil pesos, Acabamos de pronunciar por primera vez el nombre de un hombre que va á desempeñar un gran papel y á tener un peso inmenso en los acontecimientos.

Detengámonos un momento, segun nuestra costumbre, al llegar á un gran nombre, y digamos quién era Marco Antonio.

No se sabia precisamente la fecha de su nacimiento.

Unos dicen que habia nacido ochenta y tres años y otros ochenta y cinco antes de Jesucristo.

Adoptemos un término medio.

Antonio tenia, en la época á que hemos llegado, está es, cincuenta y dos años antes de Jesucristo de treinta á treinta y dos años.

Digamos lo que era á esa edad y lo que habia hecho.

Marco Antonio tenia por abuelo al orador Antonio, que Mario hizo morir como partidario de Sila, y

por padre á Antonio, que, habiendo empezado la conquista de la isla de Creta, compartió el dictado de *Crético* con Quinto Metelo, que la terminó.—Digamos de paso que ese Quinto Metelo fué el padre de la Cecilia Metela cuya magnífica tumba,alzada á la izquierda de la vía Appia, es aun hoy objeto de la escursión artística de todos los viajeros.

Antonio el Crético pasaba por un hombre muy liberal, de mano y corazon abiertos, pero pobre, como todos los que no cierran con una misma llave su corazon y su caja.

Un dia fué uno de sus amigos á suplicarle que le prestase algun dinero; pero por mas corta que fuese la cantidad, Antonio no la tenia.

Entonces mandó á uno de sus esclavos que le llevase un jarro de plata con agua para afeitarse.

Cuando el esclavo hubo cumplido la órden, lo despidió diciéndole que él mismo se afeitaria.

Una vez ido el esclavo, Antonio cogió el jarro y lo metió debajo de la capa de su amigo.

—Empéñalo ó véndelo, le dijo; no se dirá nunca que un amigo me ha pedido un favor y no se lo he hecho.

Algunos dias despues Antonio oyó un gran ruido en la cocina de su casa: era su mujer, Julia, que buscaba el jarro, y no encontrándolo, queria castigar á los criados.

Antonio la llamó y se lo contó todo, suplicándole que lo perdonase.

Marcos Antonio, ó mas bien, Marco Antonio, como nosotros acostumbramos llamarlo, pertenecia por su madre á la familia ó *gens* Julia, como entonces se decia, y era por lo tanto pariente de César.

Á la muerte de su padre habia quedado al cuidado de su madre, mujer en extremo distinguida.

Pero no por eso fué mejor su educacion, ó mas bien, como se verá, su temperamento fué superior á ella.

Una vez viuda su madre, se habia vuelto á casar con Cornelio Léntulo,—el mismo Léntulo que Ciceron hizo degollar en su prision como cómplice de Catilina.—Vamos á comprender en seguida el gran odio de Antonio contra Ciceron, odio sangriento, profundo, mortal, que los historiadores no se toman el trabajo de esplicarnos, haciéndonos ver los hombres peores de lo que son, ó presentándonoslos bajo otro aspecto.

Antonio era, pues, entenado de Léntulo, degollado por Ciceron, ó por su órden; mas tarde,—no se olvide esa circunstancia,—se casará con Fulvia, viuda de Clodio.

Como se recordará, Ciceron no dejó de tener tambien alguna parte en la muerte de ese tribuno.

Antonio reprochaba ademas á Ciceron el haber ne-

gado á su madre el cuerpo de su marido, pretendiendo que para conseguirlo habia sido preciso que su madre, matrona de la familia Julia, fuese á echarse á los piés de la consorte de Ciceron, esto es, de una mujer del pueblo.

Se ignora, sin embargo, lo que hubiese de cierto en eso, pues Antonio, cuando no estaba ébrio, no solia morderse la lengua para mentir.

Aunque los historiadores no nos digan tampoco nada sobre el particular al hablar del brutal descendiente de Hércules, Antonio era en extremo hermoso; tanto, que Curion, el hombre mas libertino de Roma,—el mismo cuyas deudas hemos visto que pagó César,—le consagró una de esas amistades que los contemporáneos no dejan jamas de calumniar.

Respecto á deudas, Antonio habia seguido las huellas de César, y á los diez y ocho años debia trescientos mil pasos de nuestra moneda, por los cuales salió entonces fiador Curion.—Entiéndase que hablamos del hijo; Curion el padre habia espulsado á Antonio de su casa, como un disipado que perdía á su hijo, ó que al menos contribuía á que se perdiese.

El segundo amigo de Antonio, el mas caro á su corazon despues de Curion, fué Clodio.

Como se ve, sabia escoger sus amigos.

Pero en el momento en que los negocios de Clodio

empezaban á embrollarse, Antonio, temiendo verse comprometido en ellos, abandonó la Italia y se embarcó para Grecia.

Habia entonces allí dos escuelas de elocuencia: la griega y la asiática. Esta última era el romanticismo de la época, y el jóven se hizo romántico. El estilo fastuoso, coloreado, lleno de imájenes, de esa escuela, se avenia perfectamente con su vida ostentosa y consagrada de antemano á todas las peripecias que son consecuencias de la ambicion.

Hácia aquella época fué nombrado procónsul de Siria, por influencia de Pompeyo, el famoso Gabinio, el hombre de los millones, el cual pasó por Grecia y propuso á Antonio que lo siguiese.

Pero Antonio le contestó que no lo haria sino con un mando.

Gabinio le dió el de la caballería y se lo llevó consigo.

Enviado al pronto contra Aristóbulo, subió el primero al asalto de una ciudad y fué arrojando á aquel de fortaleza en fortaleza; despues, habiéndolo alcanzado en el llano, le presentó batalla y lo derrotó completamente, sin embargo de no llegar su ejército á la mitad del de su enemigo.

Aquellas proezas le granjearon la confianza de Gabinio.

Poco tiempo despues, cuando Ptolomeo Auletes,

—el real tañedor de flauta que nuestros lectores recordarán,—pidió auxilio á Pompeyo para volver á sus Estados, que se habian sublevado, Pompeyo le mandó á Gabinio, su hombre de negocios.

Ptolomeo ofreció á Gabinio diez mil talentos (una cosa así como diez millones y medio de pesos.) La cantidad era bonita y tentó prodigiosamente á Gabinio.

Sin embargo, como la mayor parte de los oficiales suponian que al par de aquellas ventajas de dinero ofrecia la empresa grandes peligros, el general titubeaba; pero Antonio, que sin duda habia recibido de Ptolomeo alguna gratificacion,—trescientos ó cuatrocientos mil pesos,—instó de tal modo á Gabinio, que al fin este se decidió, con la condicion de que Antonio mandaria la vanguardia.

Aquello era precisamente lo que el jóven teniente,—tenia entonces 28 años,—ganoso de arriesgadas empresas, ansiaba con mas afan.

Así, pues, aceptó sin titubear.

XXV

Se temia mucho el camino que era preciso seguir para llegar á Pelusa, la primera ciudad de Egipto que se encuentra al venir de Siria.

Habia que atravesar todo el desierto que se estiende hoy desde Jafa hasta El-Arich; ademas unos terribles pantanos formados por una especie de lago de fango llamado el lago Serbonide.

Los egipcios, partidarios de lo maravilloso, llamaban á aquellos pantanos el respiradero de Typhon; los romanos, mas amantes de la realidad, decian que procedian del mar Rojo, que, despues de haber atravesado por debajo de tierra la parte mas angosta del istmo, volvia á aparecer en aquel punto, yendo á desaguar en el Mediterráneo.

Esos pantanos existen aun hoy y se estienden desde Roseta hasta Baz-Burloz.